

CAPÍTULO XXXIV

CLARIDAD LUNAR

Al domingo siguiente Sissy y Raquel se reunieron temprano, para dar un paseo por el campo. Hermoso, claro y fresco era aquel día de otoño.

Como Cokeville no se contentase en cubrir de ceniza su misma cabeza, sino también la de la vecindad, al igual de los devotos que hacen penitencia y tratan de que lleven los demás el cilicio, los que deseaban respirar algunas bocanadas de aire puro (lo que no es, por cierto, la más criminal de las vanidades mundanas) tenían la costumbre de hacerse transportar en ferrocarril á algunas millas de distancia de las fábricas, antes de empezar su excursión campestre. Sissy y Raquel hicieron como las demás, para huir del humo cokeburgués, y se apearon en una estación que se hallaba á la mitad del camino entre la población y la casa de campo del Sr. Bounderby.

Aunque el paisaje verde estuviera manchado acá y allá por montones de carbón, completamente verde era en los demás sitios. Veíanse árboles; las alondras cantaban (sin saber que

durante el domingo está prohibido) (1); y el aire llevaba aromas deliciosos, siendo todo ello coronado por la bóveda azul que formaba el cielo reluciente. De un lado, en lontananza, Cokeville aparece como una masa de negra niebla; hacia más allá, empiezan las colinas á dibujarse; otro punto de vista se ofrece en el ligero cambio de la luz del horizonte, que brilla en el mar lejano; por la fresca hierba, que huellan sus pies, vese jugar la graciosa sombra del ramaje, que va obscureciéndola acá y allá; las hayas están llenas de hojas, y todo descansa. Las locomotoras, á la entrada de las minas, están tan tranquilas como los viejos caballos delgados en la hierba, después de practicar su trabajo diario en el suelo; las ruedas han dejado de rodar, durante algunas horas; sólo continúa su evolución la gran rueda del mundo, pero sin saltos ni ruido, como las de nuestros manubrios.

Se paseaban ellas por los campos y las avenidas sombreadas, escalando, á veces, las ruinas de un antemural, que se rompía, de tan podrido como estaba, al poner ellas el pie encima. Otras veces andaban por entre escombros de ladrillos y de vigas, medio ocultos bajo la hierba, los cuales correspondían al

(1) Alusión irónica al descanso dominical, entre los protestantes ingleses.

emplazamiento de una explotación abandonada. Seguían con preferencia los caminos trazados y los senderos, evitando los terraplenes en que la hierba era espesa y alta, donde crecían, confundidas unas con otras, la zarza y la grama, pues se contaban del país lúgubres historias acerca de los pozos viejos de las canteras, ocultos bajo engañosos indicios.

Era ya cerca del mediodía, cuando pensaron en descansar. Á nadie habían visto, ni de cerca ni de lejos, desde hacia buen rato. Nada interrumpía su soledad.

— Tan tranquilo es este lugar, Raquel, y parece tan poco frecuentado el camino por que hemos venido, que quizá seamos las primeras en hollarlo.

Mientras hablaba, Sissy se fijó en un pedazo de madera, que había por el suelo, roído trozo de alguna calzada antigua. Se levantó para examinarlo.

— Me parece — añadió — que no hace mucho tiempo que esto se ha roto. La madera está aún blanca en la parte que ha cedido... ¡Oh, Raquel!

Corrió hacia la obrera y le echó los brazos al cuello.

— ¿Qué hay?

— No sé. ¿No ves un sombrero abandonado en la hierba?

Ambas se adelantaron. Recogió Raquel el sombrero, temblando de pies á cabeza. Prorrumpió en lágrimas y sollozos : Esteban Blackpool había escrito su nombre en el forro.

— ¡Oh, pobre muchacho, pobre muchacho! Lo habrán asesinado; su cadáver no puede estar lejos.

— ¿Hay... Ve V. sangre en el sombrero? — balbuceó Sissy.

Permanecieron un rato sin atreverse á mirar, mas lo examinaron al fin, no viendo en él señal de violencia, tanto en el interior como en el exterior. El sombrero se encontraba allí desde hacia algunos días, pues estaba manchado por la lluvia y el rocío, viéndose la huella de su forma en la hierba dó se encontraba. Ambas mujeres miraron con espanto á su alrededor, sin moverse de su sitio, pero no vieron ningún vestigio más de Esteban.

— Raquel — murmuró Sissy — me adelantaré un poco sola.

Se habia separado de ella y se disponía á dar un paso, cuando Raquel la estrechó en sus brazos, con un grito que retumbara á lo lejos, á través del paisaje. Delante de ellas, á sus pies, se hallaba el borde de un precipicio oscuro y escabroso, que la alta hierba escondía. Die-ron un salto atrás y cayeron de rodillas, ocul-

tando cada una de ellas su semblante en el hombro de la otra.

— ¡Oh, señor! ¡Dios mío! ¡Está ahí bajo! ¡Está ahí bajo!

Estas palabras, acompañadas de gritos terribles, fueron las únicas que pudo Sissy obtener primeramente de Raquel. Nada consiguieron las lágrimas, las súplicas y las reconvenciones. No se la podía hacer callar. Hubo que contenerla á la fuerza, pues de lo contrario se habría lanzado al pozo.

— ¡Raquel! ¡Querida Raquel! En nombre del cielo, no grite de ese modo. ¡Piense en Esteban, piense en Esteban, piense en Esteban!

Á fuerza de repetirle este ruego con fervor y angustia, Sissy logró que Raquel cesara en sus gritos; pero entonces la chica la miró con aire petrificado, como una estatua.

— Raquel, quizá Esteban vive aún. ¿Verdad que no quisiera V. dejarlo mutilado, en el fondo de ese espantoso precipicio, si pudiera auxiliarlo?

— ¡No, no, no!

— ¡Estése V. quieta, por amor de él! Deje que vaya yo á escuchar.

Al acercarse al abismo, se estremeció; pero se arrastró hasta el borde del mismo con las manos y de rodillas; y allí llamó á Esteban,

elevando la voz tanto como pudo. Aguardó, sin que ningún ruido contestase á su llamamiento. Llamó de nuevo y de nuevo aguardó: tampoco obtuvo respuesta. Volvió á empezar veinte y treinta veces. Cogió un terrón del otero en que tropezara Esteban y lo lanzó al abismo. No oyó siquiera que cayese.

El vasto paisaje, cuyo aspecto tranquilo la regocijara poco antes, infundió cierta desesperación en el alma valerosa de Sissy, cuando miró á su alrededor, al levantarse, sin ver socorro alguno al alcance de ella.

— Raquel, no hay que perder un instante. Es preciso que vayamos cada cual por nuestro lado, y llamemos en auxilio de él. Tome V. el camino por donde hemos pasado, y yo seguiré por el sendero. Diga á los que encuentre lo que ha sucedido. ¡Piense en Esteban, piense en Esteban!

En el semblante de su amiga leyó que podía fiarse de ella. Después de pararse un instante, para ver cómo corría, torciéndose las manos, Sissy se dirigió por su lado en busca de Esteban. Volvió á detenerse y ató su chal á un árbol, para reconocer el sitio; y, tirando su sombrero, corrió como no corriera nunca en su vida.

— ¡Corre, Sissy, corre en nombre del cielo! No te detengas para cobrar aliento. ¡Corre, corre!

Animada en su carrera con estas súplicas, que ella misma se dirigía, corrió de pradera en pradera, de camino en camino, de lugar en lugar, como no corriera nunca en su vida, hasta que logró encontrar, junto á un edificio en construcción, á dos hombres que estaban tendidos á la sombra de un tinglado, durmiendo encima de la paja.

No era fácil despertarles y referirles el motivo de la diligencia, habida cuenta de como se hallaba ella emocionada y jadeante; mas no bien se hicieron ellos cargo de la cosa, se mostraron tan presurosos como ella. Uno de aquellos hombres dormía con sueño de borracho; pero al gritarle su compañero que había caído alguien en el pozo del Infierno, se levantó precipitadamente, se dirigió hacia un aguazal y allí remojó su cabeza, volviendo al punto desvelado.

Acompañada de estos dos reclutas, Sissy corrió hasta media milla más lejos, luego anduvo sola otra media milla, mientras los hombres tomaban una dirección diferente. Encontraron un caballo, y entonces encargó ella á un mensajero que llevara al ferrocarril y á galope tendido un telegrama para Luisa, que redactó y entregó al jinete. Toda la aldea estaba en conmoción; cada cual se daba prisa en buscar y reunir cabrestantes, cuerdas, pértigas, bujías,

linternas y otros objetos necesarios, para llevarlos al viejo pozo del Infierno.

Parecía á Sissy que habían transcurrido muchas horas, desde que dejara á Esteban en la tumba, dó se hallaba enterrado vivo. No pudo avenirse á permanecer lejos de él mucho tiempo; le parecía que ello significaba una deserción; volvió rápidamente sobre sus pasos, acompañada de media docena de obreros, entre los cuales iba el borracho, á quien la fatal noticia devolviera su serenidad, mostrándose el más servicial de todos. Cuando llegaron al viejo pozo del Infierno, se hallaba éste en el mismo estado de abandono en que lo dejara Sissy. Los obreros llamaron á Esteban y se pusieron á escuchar del modo que lo hiciera ella. Examinaron el borde del abismo y discutieron acerca de las circunstancias del accidente, sentándose luego en espera de los instrumentos que necesitaban.

El menor zumbido de insecto, el menor roce de hojas y la menor palabra dicha á media voz por los obreros, hacían estremecer á Sissy; pues se imaginaba oír cada vez un grito que salía del fondo del pozo. Mas el viento soplaba tranquilamente sobre el abismo, y de él no subía ruido alguno á la superficie; permanecieron todos sentados en la hierba, aguardando. Hacía un buen rato que esperaban, y empezaba á

reunirse á ellos gente desocupada, que se había enterado del accidente, cuando fueron allí, uno por uno, los que llevaban instrumentos de verdadera utilidad. Durante este intervalo, volvió Raquel de su excursión, y entre sus acompañantes iba un médico, el cual traía vino y medicamentos, bien que nadie creyese hallar vivo al desgraciado Esteban.

En vista de que eran ya bastantes los curiosos para proceder á los trabajos de salvamento, el obrero desvelado, ya se hubiese puesto á la cabeza de los demás por su propia iniciativa, ya que hubiese sido ello determinado por el consentimiento unánime de sus compañeros, formó un gran círculo alrededor del viejo pozo del Infierno, colocando centinelas en él, para guardarlo. Excepto los trabajadores voluntarios que se habían ofrecido, sólo admitió primeramente en el interior del círculo á Sissy y á Raquel. Sin embargo, también pudieron penetrar en él, una hora más tarde, después de recibirse el aviso de Sissy en Cokeville, el Sr. Gradgrind, Luisa, el Sr. Bounderby y el mequetrefe.

Cuatro horas hacía que el sol iba á su ocaso, desde que Sissy y Raquel se sentaran en la hierba por primera vez, cuando lograron disponer un aparato, con pértigas y cuerdas, que permitiese á dos hombres bajar en el pozo sin

peligro. La colocación y preparación de esa máquina, aunque sencilla en sí, había ofrecido grandes dificultades; se habían olvidado muchas cosas indispensables, por las que hubo que mandar un expreso á la aldea próxima. Eran las cinco de aquella hermosa tarde de otoño, cuando se hizo bajar una vela encendida al pozo, para ver si la atmósfera estaba demasiado viciada. Tres ó cuatro de aquellos semblantes rudos se apretaban uno contra otro en el borde del abismo, observando con atención la luz que el hombre encargado de correr el cabrestante dejaba hundir ó detenia, según las indicaciones de ellos. Cuando se hizo subir la vela, vióse que estaba aun encendida, difundiendo sólo débil claridad. Echóse entonces un poco de agua en el pozo, se enganchó el cubo y el obrero desvelado, en compañía de un camarada, se instaló en él con linternas y dió la orden de bajar.

Mientras se descorría la cuerda, tiesa y dura, mientras chirriaba el cabrestante por el esfuerzo, ningún hombre ni mujer de los doscientos reunidos allí respiraba libremente ó como de ordinario. Al fin subió de abajo una señal y el cabrestante cesó de dar vueltas. Había mucha más cuerda de la que se necesitaba. Pareció tan largo el intervalo durante el cual los

hombres del cabrestante permanecieron cruzados de brazos, que algunas mujeres declaraban que habia ocurrido algún accidente. Pero el médico, que tenia el reloj en la mano, dijo que no habian transcurrido aun cinco minutos, encargándoles que se callasen. Apenas hubo hablado, el cabrestante se revolvió y de nuevo se puso en movimiento. Los ojos prácticos reconocieron que no daba vueltas con la misma pesadez que si hubiera levantado á dos obreros; uno de ellos debia haber quedado en el fondo del pozo.

La cuerda volvió á subir, tiesa y dura; el cadenaje se iba enrollando en el cilindro y todas las miradas permanecieron fijas en la abertura del pozo. El obrero desvelado saltó prestamente en la hierba. En grito general se le preguntó: « ¿Muerto ó vivo? » y se hizo al punto un silencio mortal.

— No bien respondiera: « ¡Vivo! » la gente prorrumpió en aclamaciones y muchos lloraron.

— Pero se ha lastimado mucho. — añadió el obrero, no bien se pudo hacer oír nuevamente.

— ¿Dónde está el doctor? Se ha hecho tanto daño, caballero, que no sabemos cómo subirlo.

Conferenciaron, fijándose la gente con inquietud en el semblante del médico, que hacia algunas preguntas y movia la cabeza al oír las

contestaciones. Empezaba el sol á declinar, y la roja claridad del crepúsculo iluminaba y mostraba la ansiedad de que todos estaban poseidos.

El resultado de la consulta fué que los obreros volvieron al cabrestante y el minero bajó nuevamente al pozo, llevando consigo el vino y algunos objetos pequeños. Entonces volvió á subir su camarada. Durante aquel intervalo, y siguiendo las instrucciones del médico, se trajo un cañizo sobre el cual se formó un lecho, con ropa y paja, mientras el médico preparaba vendas y aspas, con chales y pañuelos, colocándolos en el brazo del minero é indicándole la manera de hacer uso de ellos. Aquel valiente obrero, con el oído atento, con el semblante iluminado por la luz que tenia en la mano, apoyando la otra en un pedazo de maderamen y dirigiendo, á veces, una mirada rápida al fondo del pozo, no era el personaje menos notable de aquella conmovedora escena.

Llegó, sin embargo, la noche; y hubo que encender antorchas.

Por las pocas palabras que dijo el hombre á los que le rodeaban (pues pronto se formó un círculo entorno á él), parece que el obrero habia caído sobre un montón de escombros, convertidos en polvo, y su caída habia sido algo

atenuada por los terrones que se desmoronaban de las paredes. Yacía de espaldas, con la mano derecha detrás de él, y creía, por lo que recordaba, que no se había movido desde que cayera, habiéndolo sólo hecho para introducir su mano en el bolsillo, donde había metido pan y carne, de lo que había comido algunos mendrugos, y también para beber agua, de tiempo en tiempo.

Dejó el trabajo desde que le escribieron, dirigiéndose á la casa de campo del Sr. Bunderby, en medio de la noche, cuando cayó. Si había atravesado aquel sitio peligroso de la comarca, á aquella hora tan intempestiva, fué porque se sentía inocente del delito que se le imputaba y se apresuraba á tomar el camino más corto, para entregarse á la justicia. El viejo pozo del Infierno, dijo el minero, en señal de maldición, quiere justificar siempre su mal nombre. Era de temer que, aun cuando hubiese hablado, Esteban no viviría mucho tiempo, pues tenía el cuerpo demasiado magullado.

Cuando todo estuvo dispuesto, y escuchadas las recomendaciones que le hicieron apresuradamente sus compañeros y el médico, el minero desapareció en el pozo antes de que funcionara el cabrestante. La cuerda se desenrolló como hiciera antes; se dió la señal desde abajo y el cabrestante cesó en sus vueltas. Esta vez

nadie se cruzó de brazos. Cada cual inclinó su cuerpo, estrechando el manubrio, disponiendo de modo que el cabrestante volviese en sentido inverso para atraer el cubo. Por fin se dió la señal y el círculo entero de trabajadores se inclinó hacia delante.

La cuerda funcionaba con tanta pendez, que les costaba mucho hacerla rodar, y el cabrestante gemía y se quejaba como un condenado. Apenas nadie se atrevía á mirar la cuerda, pensando que pudiese fallar. Mas fué enrollándose sin accidente por el cilindro, apareciendo la cadena y luego el cubo, á cada lado del cual se habían cogido los dos obreros (era un espectáculo que daba vértigo y oprimía el corazón), sosteniendo con ternura en sus brazos á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba destrozado y entortijado.

Un sordo murmullo de piedad surgió de la multitud, y las mujeres se echaron á llorar con desconsuelo, cuando lentamente separaron de la cubeta de hierro aquella forma humana, que casi no tenía forma, y que acostaron en el lecho de paja. El médico fué el primero en acercársele. Hizo lo que pudo para arreglar el cuerpo en la camilla, pero lo mejor fué abrigarlo suavemente. Hecho lo cual llamó á Sissy y á Raquel. Entonces vieron un semblante pá-

lido, descompuesto, dolorido, que miraba al cielo, y una mano quebrada que descansaba en la ropa que cubría el resto de su cuerpo, como si reclamase el apretón de alguna otra.

Le dieron algo á beber, le refrescaron con agua el semblante y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque siguiera mirando al cielo y permaneciera inmóvil, sonrióse y dijo :

— ¡Raquel!

Ella se arrodilló á su lado, en la hierba, y se inclinó sobre él, de modo que su semblante se colocó entre el cielo y los ojos del obrero, que no tenía la fuerza siquiera de volverlos, para mirar á su amiga.

— ¡Raquel! ¡Querida mía!

Ella le tomó la mano. Sonrió de nuevo y dijo :

— No la sueltes.

— ¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

— He sufrido, pero ya no sufro. Sí, he sufrido un dolor horrible, atroz y duradero, querida mía... pero ya ha concluido. ¡Oh, Raquel! ¡Qué lodazal! Siempre el mismo lodazal.

El espectro de su mirada de otro tiempo pareció pasar por su semblante, al repetir esa palabra.

— Como se sabe, el pozo en que he caído, querida mía, ha costado la existencia á cente-

nares de hombres... padres, hijos, hermanos, que eran queridos por miles de seres, á quienes sostenían y de quienes aplacaban el hambre. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla, á causa del grisú. Lei esto en una solicitud de los mineros, donde todo el mundo puede leerlo; se suplica á los legisladores, en nombre de Cristo, que no permitan que el trabajo les asesine, sino que, por el contrario, los salven de tales accidentes, resguardándolos para sus mujeres é hijos, á quienes quieren tanto como los magnates pueden querer á los suyos. Cuando la mina se hallaba en explotación, mataba sin necesidad á la gente; y desde que la han abandonado, también la mata sin necesidad. ¡Ya veis que debemos morir siempre innecesariamente, de un modo ú otro, en este lodazal!

Dijo esto con voz dulce, sin cólera contra nadie y como testimonio simple á favor de la verdad.

— ¿No has olvidado á tu hermanita, Raquel? No es probable que la olvides ahora, ni que me olvides á mí, que voy á estar muy cerca de ella. Ya sabes cómo trabajaste por ella, pobre é infortunada amiga mía, cuando permanecía sentada durante todo el día en su pequeña silla, junto á la ventana, y cómo murió, joven y

diforme, víctima de ese aire insano, que bien pudieran purificar, no dejando que apeste en las tristes moradas de los trabajadores. ¡Te digo que es un lodazal! ¡Un lodazal por doquiera!

Luisa se le acercó; pero él no pudo verla, pues tenía el rostro fijo en el cielo estrellado.

— Si todo lo que nos toca á nosotros, pobre gente, no fuera un verdadero lodazal, querida mía, ¿hubiera tenido yo necesidad de venir aquí? Sin el lodazal en que nos metemos nosotros mismos, ¿no nos hubiéramos comprendido mejor mis compañeros y yo? Si el Sr. Bunderby me hubiese conocido mejor... ó si no me hubiese conocido absolutamente... no se habría enfadado conmigo... Pero ¡mira allá arriba, Raquel, mira allá arriba!

Siguiendo la dirección de los ojos de Esteban, vió que éste contemplaba una estrella.

— Ha brillado sobre mí — dijo con respeto — en todos mis dolores y mis tristezas, desde que caí. Me ha iluminado hasta lo más profundo del alma. En fuerza de mirarla, Raquel, y de pensar en ti, he llegado á no acordarme más del lodazal. Como que la gente no me comprendió, tampoco yo comprendí á ella. Al recibo de tu carta, creí que la señorita, al venirme á ver, se había puesto de acuerdo con su hermano para fraguar un complot. Al caer,

senti cólera, y estuve á punto de ser tan injusto con ella como lo han sido conmigo y, sin embargo, hay que saber sufrir con resignación, ya en nuestros juicios, ya en nuestros actos. En medio de mi dolor y de mi pesadumbre, al fijar los ojos en el cielo... y ver el fulgor de aquella estrella.... me ha parecido ver claro, y mi deseo ardiente es que se aproximen todos unos á otros, tratando de comprenderse mejor que cuando me hallaba yo con ellos.

Luisa, con dulzura en sus palabras, se inclinó ante él, enfrente de Raquel, para que Esteban la viese.

— ¿Me ha oído V.? — preguntó Esteban, después de un instante de silencio. — No la he olvidado, señora.

— Sí, Esteban, le he oído. Y su deseo es también el mío.

— ¿Tiene V. padre?... Quisiera decirle algo.

— Está aquí — dijo Luisa con terror. —

¿Quiere V. que venga?

— Se lo agradeceré.

Luisa volvió luego con su padre. Cogidos de la mano, contemplaron ambos el semblante solemne del tejedor.

— Caballero, usted me disculpará y me rehabilitará ante los hombres. Le encargo de esta misión.

El Sr. Gradgrind se turbó y dijo que no comprendía bien.

— Caballero — respondió Esteban — su hijo se lo dirá. Pregúnteselo. No acuso á nadie : no quiero dejar detrás de mí ninguna acusación. Cierta noche vi y hablé á su hijo. Sólo pido á V. que me disculpe, y espero que lo hará.

Estando ya dispuestos algunos á transportar al herido y deseando ver el médico esta operación, se pusieron en marcha, á la cabeza de la camilla, los que llevaban antorchas y linternas. Antes de que se levantara el cañizo y mientras se preparaban para marchar, dijo Esteban á Raquel, sin dejar de mirar la estrella.

— Cada vez que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí, en medio de mi dolor, he pensado si sería la estrella milagrosa del pesebre de nuestro Salvador. Apostaría á que lo es.

Se levantó el cañizo, y Esteban se alegró de creer que lo llevaban en dirección de la estrella.

— ¡Raquel, amada mía! No sueltes mi mano. Esta noche, querida mía, podemos pasearnos juntos, sin que nadie tenga qué decir por ello.

— No soltaré tu mano, y te acompañaré durante el camino.

— ¡Que Dios te bendiga! ¿Quiere tener alguien la bondad de taparme la cara?

Lo transportaron con cautela por los campos y las avenidas, á través del extenso paisaje. Raquel estrechaba siempre la mano de Esteban con la suya. Pocas palabras, y aun dichas en voz baja, interrumpieron el triste silencio de la multitud. Pero pronto ésta se convirtió en un cortejo fúnebre. La estrella había enseñado á Esteban donde se hallaba el Dios de los pobres; y el operario fué á reunirse con el Redentor, en la mansión del reposo, por el camino de la humildad, del sufrimiento y del perdón.

CAPÍTULO XXXV

PERSECUCIÓN DEL MEQUETREFE

Antes de que se rompiera el círculo formado alrededor del pozo, desapareció uno de los personajes admitidos en él. El Sr. Bounderby y su sombra no se acercaron á Luísa, que daba el brazo á su padre, sino que se mantuvieron á distancia. Cuando el Sr. Gradgrind se aproximó á la camilla, por habersele llamado, Sissy, que prestaba atención á todo lo que ocurría, se deslizó detrás de aquella sombra perversa, cuyo semblante aterrado hubiera sido objeto de las miradas de todos, si éstas no se hubiesen ocupado